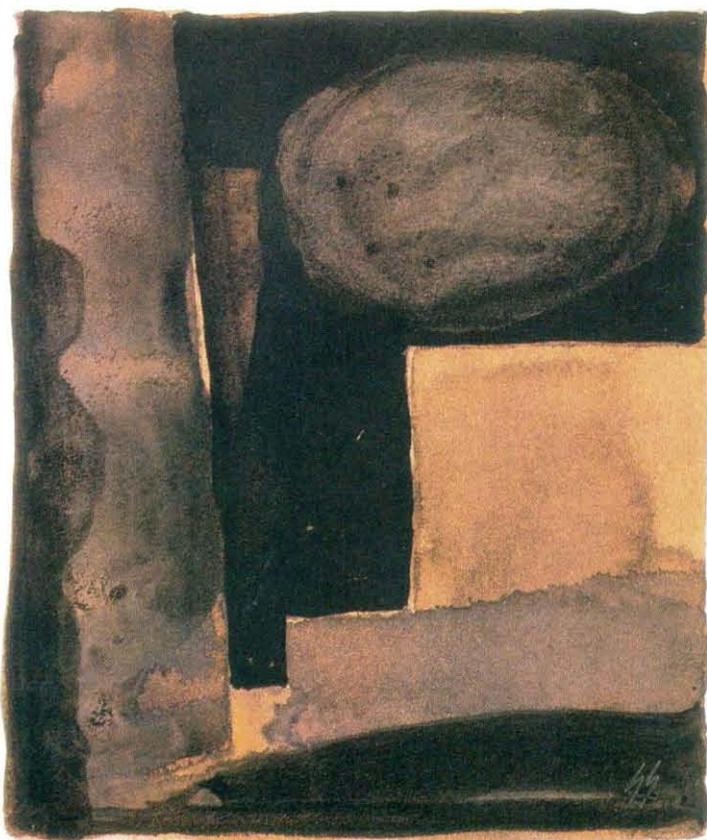


GG
oo
nn
zz
aá
ll
oe
z

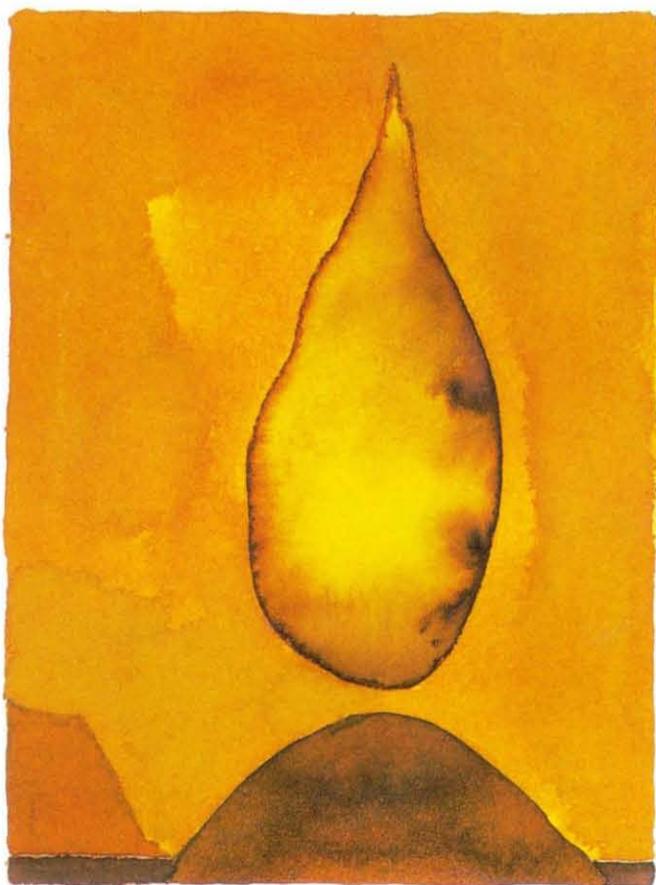


Monolito, 1986. Óleo sobre lienzo 81 X 65 cm.

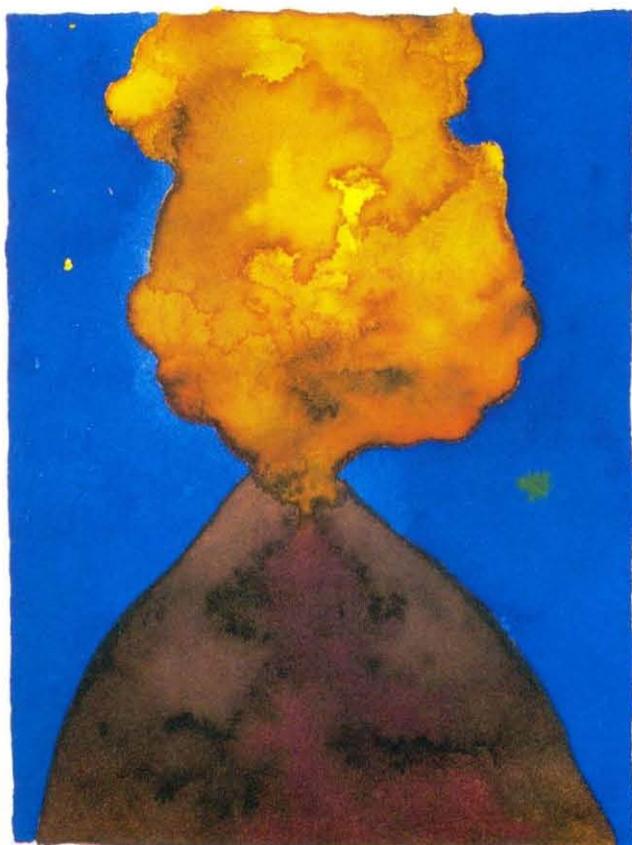


Nocturno, 1994. Tinta sobre papel 11,3 X 9 cm

JUAN PEDRO
CASTAÑEDA



Calma, 1996. Tinta sobre papel 12,2 X 9 cm



Volcán, 1995. Tinta sobre papel 11,5 X 8,8 cm

el espacio y
las dimensiones

las dimensiones el espacio y



El atomismo, a través de Newton, marcó una de las líneas del pensamiento científico, el que reflexiona sobre el tiempo, el espacio y las cosas. En los comienzos del siglo que nos deja, se profundizó esa imagen y se llegó a un límite. Se pasó de la partícula al cuanto, distribuyendo por la física —tal vez por la materia misma— un máximo de discontinuidad.

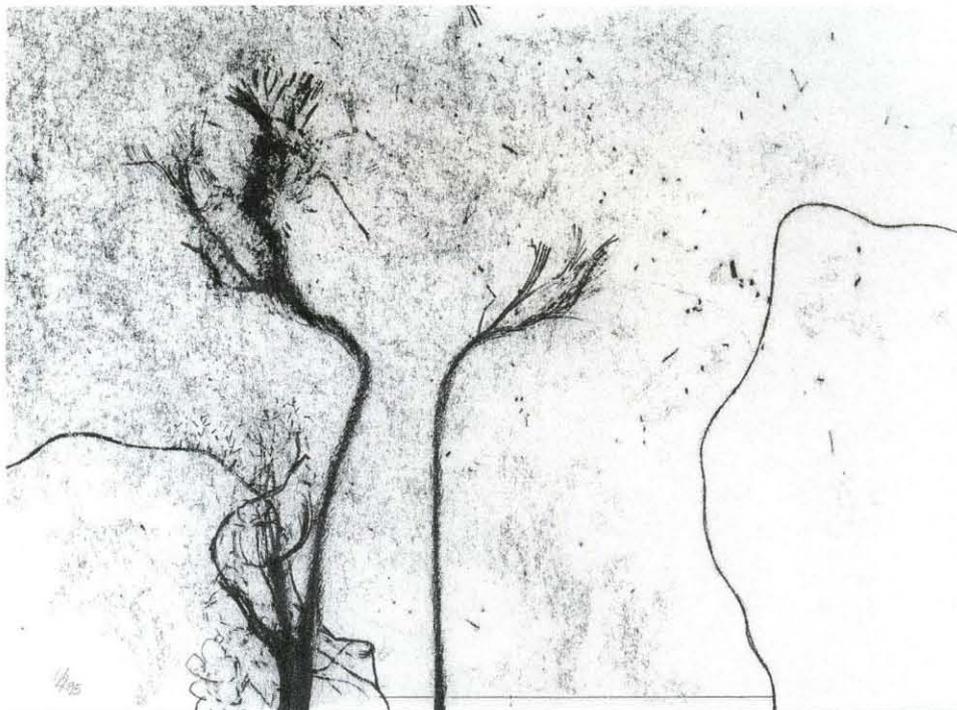
Paralelamente, Faraday y Maxwell idean el concepto de campo, un continuo que invade el espacio hasta lo ilimitado, en el que es posible que no tenga sentido el vacío.

Aparte de que no está claro si en el reino de la materia gobierna el cuanto o la continuidad, tampoco sabemos muy bien qué es el tiempo. Parece que ha dejado de ser una referencia absoluta. Desde cierta perspectiva, parece que depende del observador que mide el intervalo; desde otra, avanza en una dirección, desde el nacimiento a la muerte. Algo parecido cabe decir del espacio. No sabemos si es el marco en el que están las cosas o algo que actúa sobre la materia. Tampoco sabemos muy bien qué decir de sus dimensiones. No sabemos si es tridimensional —como el de la cotidiana percepción del hombre— o si el espacio-tiempo es cuatridimensional o si el espacio en que se desarrollan las cuerdas es de diez dimensiones.

No queda más remedio que indagar, seguir preguntándonos qué subyacente esencia guardan esos conceptos. Lo asombroso es que no sólo a partir de la física se puede aprehender el tiempo, el espacio y las cosas. El cine, la novela y en general la narración, así como la música, nos pueden hablar, en primera persona, del tiempo. En lo que atañe al espacio, algo puede decirnos la imagen, la pintura.

2. Gonzalo González, como es un pintor subrayado y posee ideas y recursos, se dedica a aprehender el espacio bordeando las posibilidades, bordando la ejecución, recorriendo con ardor el camino que lleva del continuo al cuanto, las orillas que conducen al vacío o a la plenitud, las costas que enmarcan al cielo.

Hay veces en que el espacio de GG está trabajado desde la clásica perspectiva tridimensional; los objetos tienen una



GG
oo
nn
zz
aa
ll
oe
z



rotunda presencia, como partículas claramente diferenciadas del vacío circundante. Un nítido color se destaca del fondo. Otras veces lo crea según el perspectivismo del siglo que nos deja. Las formas invaden el espacio, se confunden con él y disgregan las dimensiones; un color expande por el lienzo sus múltiples matices. Tenemos la impresión de que no sabemos dónde comienza o dónde acaba el mar. Las rocas se confunden unas con otras y ocupan todas las orillas. Como los campos de la física, el cielo es un continuo que llega hasta lo ilimitado.

Aunque no es un físico, la postura de GG ante el cuadro tiene que ver con la fisicidad, con la disposición de la materia y sus agregados. Pinta nubes, olas, rocas, volcanes, monolitos... También plasma la atmósfera o el aire. Pero no sólo pinta nubes, rocas, volcanes o monolitos... Se vale del cielo, del mar o de la tierra para expresarse. O, si se quiere, del agua, el aire, el fuego y la tierra, los elementos primordiales.

Con frecuencia, en los cuadros de Gonzalo González surgen paisajes, casi siempre relacionados con la Isla, en los que importan tanto el paisaje como la materia que lo constituye. Así, cuando pinta una marina, no importa tanto el mar como los líquidos. Cuando capta un cielo ideado, bien sea romántico y tormentoso o sereno y limpio, no sólo capta el cielo, plasma la atmósfera, o el vacío o los campos que están junto a lo que no posee definición. La materia gaseosa adquiere en sus cuadros la dimensión veraz del basalto, como si su presencia fuese tan importante como la visión o las rocas. Cuando pinta una ladera, en la que refulge el sol naciente, no importa tanto la ladera como los sólidos que la constituyen, no importa tanto el sol como la modificación del espacio realizada por los dispersos rayos.

Es habitual que las formas se refieran a elementos u objetos creados por la naturaleza. Pero no están ausentes los creados por el hombre. Chimeneas, humos, pirámides y casas conviven con volcanes y cuevas. También hay monolitos, pero la presencia de éstos es tan rotunda que nunca sabremos si los han fabricado los hombres o son obras de dios o de los



héroes. Los huecos, es decir, la ausencia o el refugio, conviven con la luz o con una noche en la que apenas se perfilan las formas de una escueta morada.

3. ¿Se decanta del lado de los líquidos, del de los sólidos o de los gases? ¿Del rojo o del azul, de la discontinuidad o del continuo, del espacio de tres dimensiones o del n-dimensional, del vacío o de lo pleno, de la luz o de la oscuridad? Si quisiera expresar un sentimiento, Gonzalo González elegiría uno de los estados de agregación. Así, si quisiera expresar fortaleza, elegiría los sólidos —unos monolitos o unas rocas. Si quisiera expresar la tormenta interior o un entramado de emociones, caracterizado por lo inasible, por la volatilización de la voluntad o la conciencia, elegiría unas nubes densas y tortuosas, o un cúmulo de rocas desoladas. Si quisiera subrayar el sosiego, elegiría cielos transparentes, de poca luminosidad, en los que un atisbo de nubes nos indicarían que estamos en el mundo. Si a partir del cielo quisiera expresar la serena grandeza del cosmos, haría algo parecido a lo anterior, sólo que en este

el espacio y las dimensiones

GG
Gonzalo
Záñen

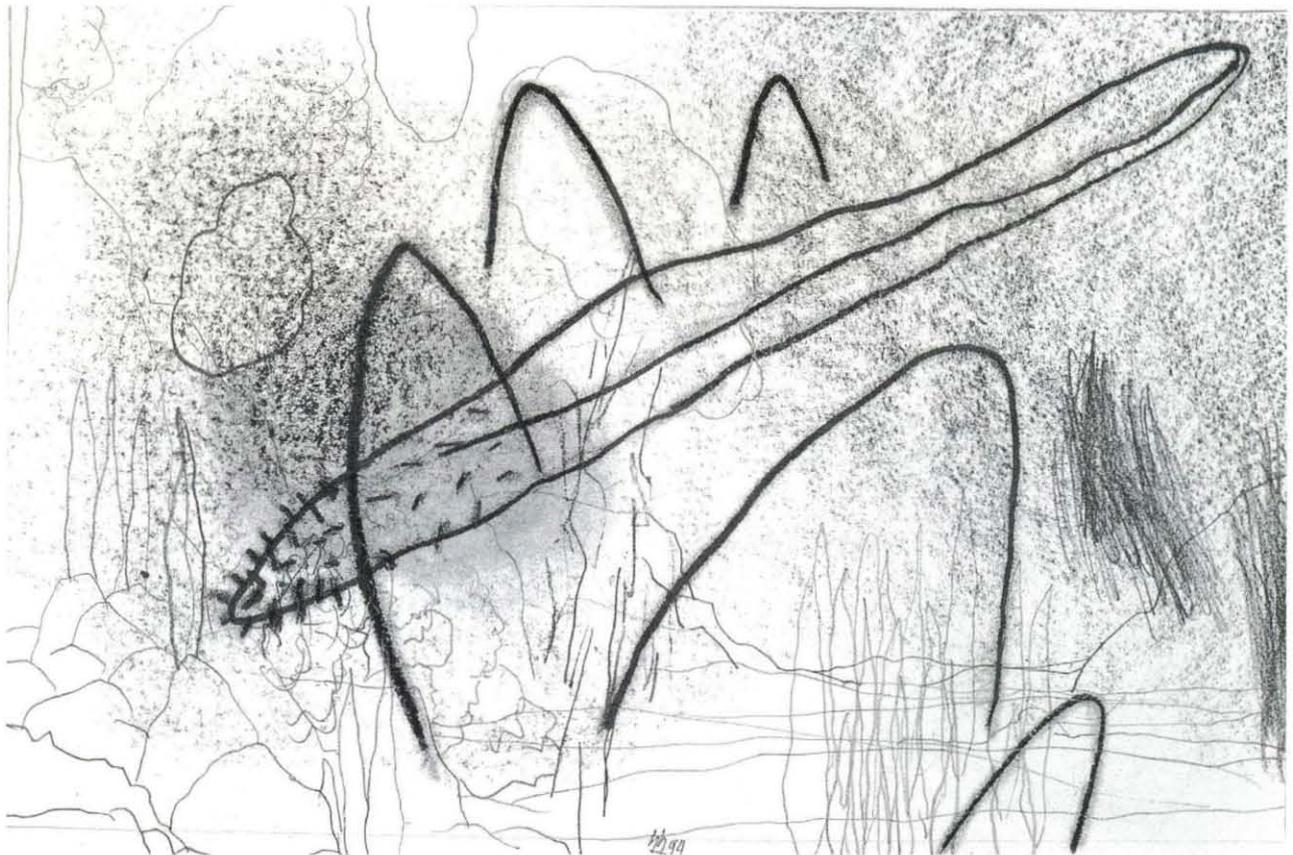
caso añadiría un signo de la tierra, o tal vez un signo del hombre, un rastro geométrico.

Gonzalo González no desea expresar un único sentimiento ni plasmar una única cosa; quiere crearlo todo, reconstruir los elementos, conformar la materia. De sus pinceles nace el color. Ante nuestros ojos aparecen por primera vez un potente amarillo o un verde imprevisto. No desea expresar sólo el asombro ante la naturaleza, ni su pasión por la orilla del mar, ni la pujanza o el sueño de los hombres. Desea expresar el asombro

no repetitivas, hasta llegar a un límite, el de la indagación, en ocasiones análogo a la música.

4. Hay un cuadro de 1986, un óleo sobre lienzo de 81x65 cm, titulado *Laberinto*, en el que se nos muestran, en primer plano, dos formas rojizas y paralelepípedicas, de bordes nítidos, tras las que aparecen dos formas blancas. Las formas o los objetos a que hacemos referencia ocupan casi todo el cuadro y están vistos desde abajo, para que sus presencias sean más rotundas y quede claro

lla ocupado casi en su totalidad por musgosa lascivia. El verde, en su erótica humedad, se manifiesta en múltiples gradaciones, tanto de color como de luz. En este cuadro, como en tanto de GG, aparece un enigma. En este caso tiene tres focos. El primero es claro, casi blanco, consta de dos partes y está situado abajo, en la hondonada. Podrían ser dos troncos secos. Formaría parte del bosque o del musgo si no fuera por los otros enigmas. En segundo está situado en el centro y a la izquierda. Es una pincelada blanca y artificiosa, dejada caer por azar



ante la naturaleza, la pasión por los bosques y la orilla del mar, la tumultuosa presencia del rojo... Sueña con mostrar la hermosura y variedad del mundo. No se vale de un único elementos ni de una sólo perspectiva. Aprovecha y crea todo lo relativo al espacio, al color y a la materia, para ser un pintor de paisajes imaginados o entrevistos, en los que la figura humana está ausente del cuadro, pero en los que el hombre está presente fuera de él, asombrado, indagando. Parece que, una vez que ha elegido un estado de agregación, un color y una forma, actúa sobre ellos a través de variaciones

que apuntan hacia arriba. Así pues, este laberinto no está anclado en el suelo ni consiste en múltiples e intrincados senderos. Consta de cuatro monolitos pujantes. Es un desafío, un signo de poder. Este laberinto desafía al cielo y su construcción es mental.

Entre 1991 y 1992, Gonzalo González pintó una serie titulada *El ojo del poeta*. Aunque es obvio conviene señalar que ni la serie ni los cuadros que la componen contienen una narración. En el *Núm. II* el poeta ve el instante en que el germen de un bosque ocupa las laderas, quizá muestra un vertical muro de arci-

junto al verde o la vida. El tercero está situado arriba, en la zona más clara del cuadro, donde lo mineral resiste el empuje de lo orgánico. Se trata de una línea ondulada, intencional, humana, trazada por la conciencia del pintor o por un héroe.

En 1993 pintó un óleo hermosísimo, *Sin título*, de 146x113 cm, en el que el 70% del espacio lo ocupa o lo crea un transparente gris. Si miramos por encima, podemos ver que de la parte inferior del cuadro asciende una incesante forma, llega a la parte alta y gira a la derecha, donde se manifiesta con rotundidad,



bajo el aspecto de un copa verdinegro. Al mirar por segunda vez comprendemos que es posible que sea la niebla la que oculta las cosas, que lo que asciende es la mirada, y que es el pintor el que ha perforado la cortina para mirar tras ella. Luego vemos que en el centro geométrico del cuadro se destaca el enigma, una pequeña forma oscura, casi un ovoide, de la que nunca podemos saber si es una perforación o un cúmulo de oscuridad.

5. El espacio sobre el que trabaja GG no es un espacio 'objetivo', previo al acto de pintar. Es durante dicho acto cuando el pintor crea su propio espacio. Lo crea, en principio, de la única forma posible, distribuyendo materia en el vacío. Pero inmediatamente es el espacio el que actúa sobre la materia. Podríamos decir que en algunos cuadros se confunden espacio y materia, sin que podamos saber qué es anterior.

Según la perspectiva moderna, el espacio lo crean los objetos. No es un absoluto con existencia propia. Sólo existe a partir de las cosas. Del mismo modo, el espacio que va a constituirse en el motivo principal de los cuadros, lo crea GG en el acto de pintar, al distribuir sobre el lienzo potentes monolitos, solitarios e inocentes volcanes, cielos fragmentados, aguas resplandecientes y fragmentadas, el continuo de rocas y agua que aparece en algunas orillas, nubes rotundas como rocas o el etéreo rastro de algún fluido expendiéndose hasta más allá de los límites, para darnos la impresión de que no acaban nunca, que el marco no tiene sentido, que el aire es el cielo

y que el agua es el mar.

¿Con qué crea el espacio, qué sitúa en él? ¿De qué lado está gonzalo González, del de Demócrito o del de Faraday? ¿Se coloca junto a la luz o a la oscuridad? ¿Junto a la plenitud o al vacío? ¿Elige lo complejo o la simplicidad? En su caso, ¿qué está antes, la forma o el concepto? Dentro de la amplitud de sus variaciones, y teniendo en cuenta que los campos cuánticos explican las partículas y que las partículas pueden ser puntos singulares de un campo, podríamos convenir en que GG no se decanta, acepta las posibilidades y dialoga con ellas. En sus cuadros conviven la noche y la luz, el vacío y la plenitud, lo complejo y lo simple. Para aludir al vacío hay que dejar en el lienzo al menos un rastro de las líneas que lo pueblan. Para ver a la noche hace falta una brizna de luz. Cuando el hombre quiere darle forma a una cosa ha de tener presente el concepto que la sustenta; al mismo tiempo, la cosa amplía el concepto que la hace posible.

6. En los cuadros de pequeño formato y técnicas débiles que expuso en el Ateneo de La Laguna a finales de 1996, podemos contemplar algunos de los rasgos señalados. En unos acrílicos sobre cartón de 10x10'3 cm, titulados *Costa*, podemos ver que el cielo es un continuo formado por líneas de campo; pero no son sólo el cielo o el mar los que son conformados de esa manera, también las rocas parecen comportarse como campos que nacen fuera del cuadro y se expanden por él.

En un *Nocturno* de 1994, realizado con tinta sobre

**Gonzalo
González, como
es un pintor
subrayado y
posee ideas y
recursos, se
dedica a
aprehender el
espacio
bordeando las
posibilidades,
bordando la
ejecución,
recorriendo con
ardor el camino
que lleva del
continuo al
cuanto, las
orillas que
conducen al
vacío o a la
plenitud, las
costas que
enmarcan al
cielo**

papel, objetos poco definidos, como corresponde a la oscuridad, distribuidos en varios planos, conforman el espacio y destacan la noche del fondo. En otro nocturno del mismo año es la noche la que ocupa el espacio y baña a los objetos, empapándolos con su enigma. En otro nocturno, la noche y los objetos que se destacan en el vacío tienen análoga presencia: es la noche la que hace visible a esos objetos y, al mismo tiempo, son los objetos los que hacen posible a la noche.

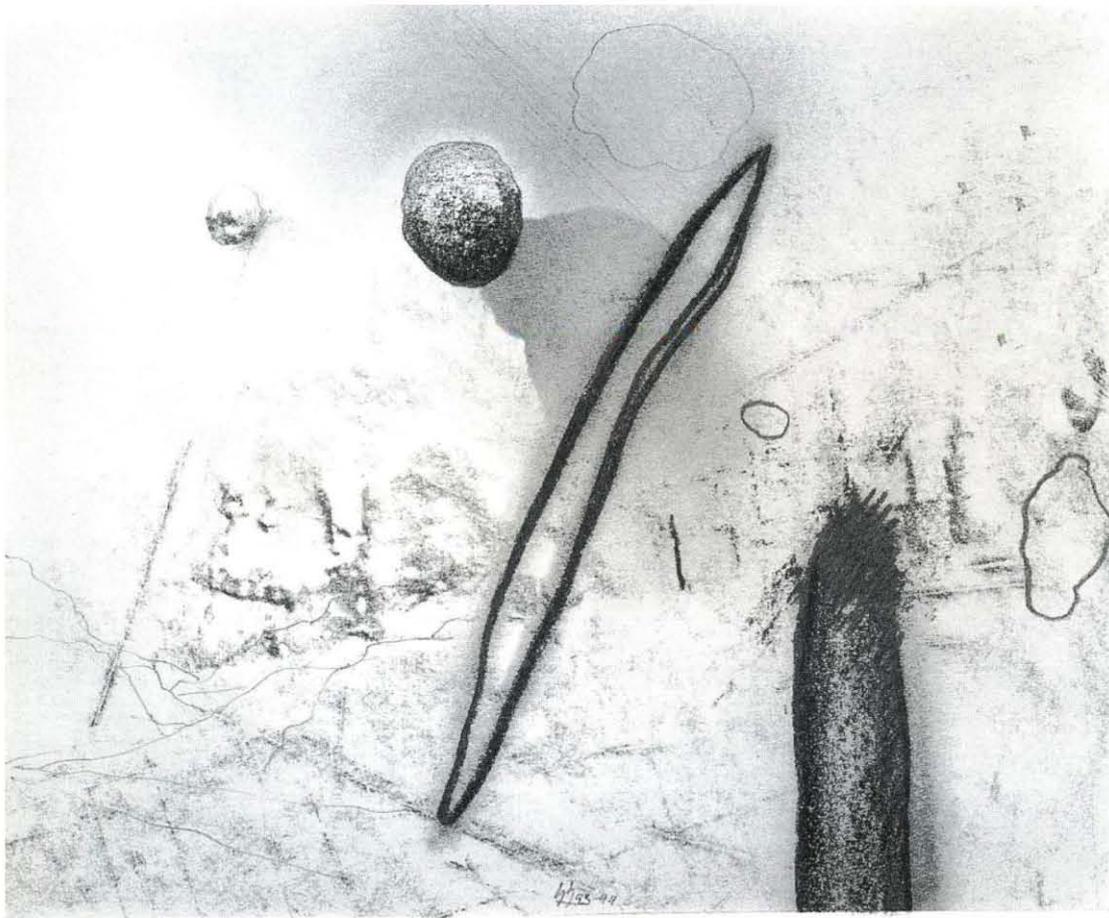
En una acuarela sobre papel de 1992, de 20'5x29'3 cm, titulada



Sin título. Óleo sobre lienzo. 81X65 cm. 1986 Col. particular

Marina, las nubes que se alzan por encima del horizonte aparecen en todo su amarillo esplendor, a la derecha del cual aparece un atisbo azulado del cielo, quedando el mar relegado a una franja sin olas, igual que en otra acuarela, de análoga factura, titulada *Calima*, en la que el cielo es apenas el rastro de una nube de polvo. Pero no ocurre así en *Alba*, de 1992, un cuadro de 13'4x19'5 cm en el que la costa o el mar amplían el espacio y cobran una notoria presencia, así como el resplandor amarillo, unas magníficas pinceladas violetas, los rastro azules del cielo y la blanca ausencia de la luz.

En dicha exposición había un cuadro muy simple y enigmático titulado *Volcán*. Se trata de una tinta sobre papel, de 11'5x8'8 cm, fechado en 1995. Sobre un fondo plano de rotundo azul se eleva la oscura silueta de una montaña. Luego, de la mitad del cuadro para arriba, aparece un hermoso borbotón de cenizas y fuego. El plano azul del cielo y la sencillez con que aparecen los elementos, le dan al volcán un aire inocente. Parece que en este cuadro, GG no plasma una tétrica visión de la naturaleza, aun cuando el fenómeno a que alude pueda convocar el desastre. El volcán de Gonzalo es jubiloso. Su pequeñez habla de la grandeza y naturalidad de los fenómenos materiales.



GG
oo
nn
zz
aa
ll
oe
z

7. Lo anterior no quiere decir que Gonzalo González se dedique a manipular la materia al margen de las sensaciones ni que sus cuadros sólo nos hablen del espacio. Cuando la materia es contemplada o manipulada por el hombre, o el espacio es conformado por un pintor, deja de ser neutral. Pierde su condición primera, la objetividad, y habla de quien la crea o manipula. Puede producir arrobos, admiración o repulsa.

Una puesta de sol, tras el mar apacible, cuando el filtro de la noche comienza a atenuar la luz, nos puede conducir al sosiego. Un extraño bicho o una malformación de nubes puede producirnos pavor. El mar, por sí mismo, provoca emociones. Un cuadro, en el que se plasma la orilla, la incidencia del sol en el basalto, la exuberancia de un bosque, el misterio que ocultan las cuevas o los tenues perfiles de la noche, nos emociona de otra forma. Sabemos entonces no se manifiesta la materia tal cual es, sino como la ve el pintor, lo que nos lleva a su imaginación y a su memoria. Por otro lado, un cuadro no sólo contiene una forma; contiene, además, intenciones, conceptos e historia.

Desde las emociones, la imaginación, la memoria, las intenciones, la historia y

los conceptos, a través de la materia puede expresarse lo inmaterial. La música lo confirma. El cine lo confirma. Los cuadros de GG también. Así que sus cuadros, aun cuando tengan como marco el espacio, no dejan de referirse al hombre. ¿No aluden a una experiencia humana, nacida del día o la noche interior, esos húmedos verdes, atravesados por haces de luz de múltiples grosores? ¿Y esos rincones análogos a un bosque? ¿Y esos diques amarillos, por los que se precipita la blancura? ¿Y esos cielos, en los que podemos leer la transparencia? ¿Y esos barrancos, en cuyo incipiente curso hay un obstáculo?

¿Y esos horizontes rectilíneos, bajo los que se adivina una intención escultórica y por encima de los cuales se sitúa una nube apacible? ¿Y esos jardines, conformados por planos amarillos y verdes, ocupados, al mismo tiempo, por el otoño y por la primavera? ¿Y esos paisajes casi realistas, en los que se rinde un certero homenaje a las zonas secas de las islas? ¿Y esas montañas, tibias como la aurora o ardientes como los tarajales? ¿Y esos rojos, voraces como una tormenta, complementarios de la oscuridad, que en ocasiones son la base del cielo?